

Montevideo, 23 de julio de 2012.

Señor Rector, Sr. Ministro, Sres. ex-rectores amigos Jorge Broveto y Rafael Guarga, Sres. Decanos, Sr. Director del Pedeciba, Sr. Prof. Ernesto Mordecki, colegas universitarios, integrantes de la Sociedad Uruguaya de Estadística, amigas, amigos:

Agradezco al Sr. Rector y a los integrantes de la comisión asesora del Consejo Directivo Central de la Universidad de la República en materia de títulos honoríficos, por su iniciativa, a los integrantes del Consejo Directivo Central por la decisión de otorgarme un Doctorado Honoris Causa, que adoptó en el mes de marzo de este año, al Rector y al profesor Mordecki por las palabras que han pronunciado, y al profesor León por las que nos ha hecho llegar.

Agradezco los valiosos aportes que he recibido de mis familiares y amigos, del sistema de educación pública, de los universitarios, funcionarios docentes y no docentes, de mis colegas en el sentido más amplio que incluye a los estudiantes, de ayer y de hoy, de nuestro País y de otros países en que he desarrollado actividades.

Y a los sistemas de salud y a los médicos que me han atendido y ayudado a durar muchos años, hasta llegar a poder compartir esta ceremonia con ustedes.

Agradezco también a los integrantes del Comité de Organización de la Segunda Jornada de la Sociedad Uruguaya de Estadística que han aceptado que el programa de la Jornada sea compatible con que este acto haya podido hacerse como una actividad conexas, y a la Sra. Virginia Pérez, porque me consta su cuidado en los detalles de su organización, y lo veo como un eco de la afectuosa colaboración que mantuvimos cuando desempeñé tareas en la CSIC.

Y agradezco a todos los presentes, por acompañarme en este momento.

Gracias! Gracias a todos!



A pesar de las obvias virtudes de un agradecimiento así de breve, que contiene lo que más me importa decirles, si terminara aquí mi intervención dejaría la impresión equivocada de que no doy suficiente importancia a lo que acaba de ocurrir.

Voy entonces a prolongar durante unos minutos la oportunidad de disfrutar la compañía de ustedes y lo haré incursionando en algunos avatares que me han traído hasta este momento, como forma de reconocer y agradecer, aunque sea sólo unos pocos de los muchos méritos ajenos que han confluído en que hoy esté recibiendo este título.



La trayectoria que la Universidad de la República está premiando con el increíble otorgamiento de este título ha sido producto de una navegación tranquila, casi con piloto automático durante largos trechos, pero sacudida ocasionalmente por inflexiones debidas a la influencia de terceros.

Voy a referirme a algunas de esas inflexiones y limitaré la lista a siete, aproximadamente una por cada diez años, aunque irregularmente distribuidas en el tiempo. Inicialmente he pensado que mi selección era casi azarosa, sólo guiada por la persistencia de algunos recuerdos, pero a posteriori percibo conexiones causales entre ellas.

## 1. 1940-41

El primer punto que quiero reconocer se remonta a mi niñez, cuando de la mano de mi madre caminaba por las calles de mi Florida natal.

*Qué vas a ser cuando seas grande, doctor?*, me preguntaban las amigas de mi madre que encontrábamos, y antes que yo pudiera balbucear una respuesta, mi madre, que odiaba la vista de la sangre y asociaba la calidad de doctor a la de médico, decía presurosa: *No, doctor no, será arquitecto o ingeniero.*

¿Acierto de adivinación, o estímulo conductista?

Soy ingeniero por haber obtenido el título, aunque con ello haya terminado mi incursión en la ingeniería. Y no soy doctor, un defecto notorio por estar moviéndome desde hace mucho tiempo en un ambiente donde pululan las doctoras y los doctores.

Mis colegas no me han castigado por no haber realizado estudios formales de postgrado, y les estoy muy agradecido por ello. Y creo haber contribuido a que en algunos llamados para la provisión de cargos aparezca como requisito *poseer un doctorado o tener méritos equivalentes.*

## 2. 1957-58

El segundo punto de inflexión al que me voy a referir ocurrió aproximadamente cuando terminaba de cursar el tercer año de la Facultad de Ingeniería. Ya me había maravillado con las clases de matemática de José Luis Massera y de Antonio Petracca en el primer año, y con las de Rafael Laguardia en el segundo, y concurrí asiduamente al Seminario Elemental del Instituto de Matemática donde los participantes teníamos la oportunidad de discutir problemas allí planteados con los profesores del Instituto - Rafael Laguardia, Juan Schäffer, Alfredo Jones... - y también a un curso de Estadística dictado por Cesáreo Villegas para docentes y estudiantes de la Facultad, para mantenerme cerca del ambiente matemático, que me gustaba.

Cabe aquí una breve digresión para comentar lo especial que era el ambiente del Instituto de Matemática. Para quienes estaban en mi situación de estudiante, el Instituto era acogedor, poblado por un pequeño grupo de matemáticos afables y estimulantes, que nos ayudaban a estudiar y nos proporcionaban interesantes oportunidades de aprender. Pero desde una perspectiva más amplia, veo ahora a ese Instituto de los años '50 y '60 como una extraordinaria construcción humana totalmente excepcional, mérito indudable de la capacidad y tenacidad de Rafael Laguardia. No he conocido nada que se le parezca.

Como referencia a la excepcionalidad del Instituto cito un pasaje de una carta que me escribiera el matemático norteamericano Morris Schreiber en diciembre de 1977, tiempo de *miseria* para nuestro Instituto, que él había conocido bien en tiempos de *felicidad* por haberle visitado durante varias semanas.

Traduzco del original en inglés<sup>1</sup>:

*Quizá no sabes que yo considero al viejo Instituto aún más excepcional de lo que tu lo ves. No creo haber visto semejante “clima” de trabajo en ninguna parte en que haya estado, excepto hace mucho tiempo en Chicago, en mi época de estudiante, y he oído de épocas similares en otros lugares (las escuelas de Gelfand y de Shafarevitch en los primeros tiempos, el comienzo de Bourbaki) pero no muchas.*

Vuelvo al punto de inflexión: un día luego de una sesión del Seminario, conversábamos en el corredor del entresuelo de la Facultad de Ingeniería Alfredo Gandulfo, Jorge Lewowicz y yo, cuando se nos acercó Laguardia y nos informó que el Instituto iba a realizar un llamado para la provisión por concurso de méritos y pruebas de tres cargos de Jefes de Trabajos Prácticos, asimilados al actual Grado 2, Asistente. Nos proponía presentarnos. Uno de los cargos iba a ser llamado con direccionamiento hacia el área de la probabilidad y la estadística.

Laguardia estaba a la caza de palomas para su palomar... eso lo supimos después cuando le conocimos mejor<sup>2</sup>. En ese momento lo que percibimos es que se nos presentaba una oportunidad atractiva, que ninguno de los tres dejó pasar.

Ahora comprendo que la incidencia que tuvo sobre mi trayectoria haber caído ese día en la redada de palomas de Laguardia fue inmensa. Sin duda fue el gran determinante de que haya elegido continuar como matemático y no como ingeniero.

### 3. 1962

Tiempo después, ya trabajando en el Instituto como ayudante de Cesáreo Villegas en la Sección de Estadística, asistí a un curso de lenguajes de programación muy primitivos, muy cercanos a la máquina, que dictó en la Facultad un alto funcionario de la IBM de São Paulo, Renato Gomez Perrone. Era un curso teórico-práctico, y me fue lo bastante bien como para que Perrone me ofreciera ir a trabajar a la IBM de São Paulo. La oferta ya era muy tentadora económicamente, pero además él me decía:

*No piense en el cambio inmediato, piense en lo que va a estar haciendo luego de dos años, si se decide a venir a São Paulo.*

No recuerdo si la decisión fue fácil o difícil, pero opté por quedarme en la Universidad, y para cuando transcurrieron dos años había concursado para Profesor Adjunto, y había sido designado en ese cargo. En ese momento me parecía tocar el cielo con las manos, y me hubiera gustado poder mostrarle a Perrone dónde estaba al cabo de dos años.

---

<sup>1</sup>*Perhaps you don't know that I regard the old Instituto as more unique even than you do. I do not think I have seen such a “climate” for work anywhere else I have been, except for very long ago in Chicago, in my student time, and I have heard of such times in other places (the schools of Gelfand and of Shafarevitch in early days, the beginning time of Bourbaki), but not many.* (Comunicación privada)

<sup>2</sup>La referencia al palomar puede verse en la publicación del ARCHIVO GENERAL DE LA UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA, Martha Inchausti (Ed.) *Una vida dedicada a la Matemática. Documentos del Archivo Laguardia*, pág. 127. Universidad de la República, Montevideo, 2007.

## **4. 1969**

Durante 1967 y parte de 1968 fui Research Associate con Henry McKean Jr. en The Rockefeller University. Había sido aceptado para realizar un doctorado en la Universidad de Cornell, pero opté por no permanecer más tiempo en los Estados Unidos y regresar a nuestro País a mediados de 1968, cuando se procesaban importantes cambios en la Facultad de Ingeniería, consecuencia de la intervención realizada en el marco del rectorado de Oscar Maggiolo. En esa época se consolidó la importancia de la organización en base a los institutos, que tomaron a su cargo todas las actividades, en particular las de enseñanza que antiguamente estaban confiadas a cátedras. Para fines de 1969 se puso en marcha un nuevo reglamento para los institutos que confiaba su dirección a una Comisión coordinada por un Director. Ese cambio motivó un nuevo punto de inflexión, también debido a una iniciativa de Laguardia, quien con motivo de la nueva organización, dejó la Dirección del Instituto y en una reunión de su personal alrededor de la gran mesa verde de la Biblioteca me propuso como nuevo Director a partir de 1970.

A quienes ahora me ofrecen esta inmensa distinción, les pido que no tomen a mal que en lo más íntimo yo considere esa decisión de Laguardia como una distinción comparable.

## **5. 1974**

Múltiples actores a ninguno de los cuales agradezco en este caso, influyeron en la siguiente inflexión, que significó abandonar a la Universidad que, intervenida por la dictadura en 1973, ya no era la misma. Incapaces de aceptar al nuevo régimen universitario, muchos nos fuimos y encontramos fuera de nuestra patria el cálido recibimiento y la generosa ayuda de muchísimos colegas que nos allanaron el camino para mantenernos activos y continuar realizando una vida equilibrada.

## **6. 1985-86**

De nuevo muchos actores, que no soy capaz de detectar claramente, confluyeron en integrarme como colaborador de Roberto Caldeyro Barcia en el equipo de dirección del PEDECIBA, cuando el País volvió a la vida democrática. Haber sido el Director depuesto en 1973 del Instituto en que los matemáticos dábamos una imagen de seriedad, unidad y coherencia, heredadas de la conducción de Laguardia, debe haber influido positivamente.

Mi vínculo con el PEDECIBA me permitió vivir una experiencia de construcción y organización, aprendiendo de Caldeyro y de los restantes integrantes del Programa, ayudado por el excelente personal técnico y de secretaría.

Me permitió también, junto con varios colegas matemáticos - Rodrigo Arocena y Ricardo Fraiman en la iniciativa, y lo que pareció responder a una decisión unánime, producto de una renovada unidad de los matemáticos, en la tramitación posterior - contribuir a la

creación de uno de los dos primeros institutos centrales de la Universidad de la República, destinado, de haber perdurado, a producir y catalizar enormes cambios en la Universidad.

Creo que haber acompañado a Caldeyro en los primeros diez años del PEDECIBA influyó para que le sucediera en la dirección del programa y para que fuera invitado más tarde por Rafael Guarga a acompañar su gestión al frente de la Universidad de la República colaborando en las funciones de Pro Rector de Investigación, e integrándome a la Comisión Sectorial de Investigación Científica, una nueva oportunidad de crecimiento y aprendizaje.

## 7. 1995

Pero esto último pudo ocurrir gracias a una séptima inflexión, la última de esta lista un tanto arbitraria. Su causante fué el propio Caldeyro, con quien a casi diez años de gestado el PEDECIBA, yo continuaba colaborando desde mi función de subdirector del Programa. Hacia 1995, desde dentro de mi propia área de actividad, el Área de Matemática, llegó a Caldeyro una fuerte protesta basada en desacuerdos con mi proceder, que yo atribuyo a mi insistente discrepancia con la forma en que la Universidad organizaba sus nuevos programas, de manera incompatible con las orientaciones transversales a la estructura en facultades que el Área de Matemática había decidido formal y mayoritariamente adoptar y propiciar desde la creación del Centro de Matemática.

Caldeyro me informó sobre la existencia de la protesta, pero no quiso que yo adoptara ninguna actitud en relación con ella. Yo estaba en condiciones de solicitar un año sabático, cosa que hice, y con ese pretexto renuncié a la subdirección del PEDECIBA, y me fui por casi un año a Valladolid.

Cuando regresé, Caldeyro estaba enfermo. No le vi, sólo me comuniqué con él por teléfono, cuando estaba internado por un desgaste en su salud del cual nunca se recuperó. Me dijo que me esperaba para que me hiciera cargo de mantener andando al PEDECIBA, y fue de esa manera que supe que mi carta de renuncia había quedado encerrada en un cajón de su mesa de trabajo, nunca había sido tratada y ni siquiera había sido comunicada al resto de la Comisión Directiva del Programa.

Sin esa actitud de Caldeyro no hubiera sido factible que más tarde yo alcanzara a ser Director del PEDECIBA y Pro-Rector de Investigación.

Resulta entonces comprensible que al sentimiento de profundo agradecimiento a Caldeyro por su excepcional contribución a la ciencia y al prestigio de nuestro País, que seguramente compartimos todos, se una mi agradecimiento personal por la generosa actitud que adoptó conmigo.

## Conclusión

Hay más influencias que reconocer y agradecer, sin duda. Por ejemplo:

- las de los investigadores con los que escribí artículos en coautoría, especialmente
  - Mario Wschebor en los primeros años,
  - y Alejandra Cabaña en los últimos,
  - y también Juan Schäffer coautor de mi primer trabajo, que no vio la luz porque su resultado, la existencia de una probabilidad cualitativa incompatible, ya había sido publicado disimulado dentro de un enunciado muy general de álgebra,
- y las de mis actuales compañeras y compañeros de la Facultad de Ciencias Económicas y de Administración, funcionarios y estudiantes del Área de Matemática y del Instituto de Estadística, junto a quienes he encontrado un cálido refugio cercano a la Licenciatura en Estadística,

pero he incluido las que el azar trajo primero a mi memoria, y no trato de recordar más para no abusar de vuestra paciencia.

Sólo voy a explicitar un agradecimiento más, a mi amiga, mi punto de apoyo, mi alegría, mi consuelo, mi compañera constante en el viaje que decidimos hacer juntos hace 60 años, asociada a las decisiones y a las inflexiones a las que me he referido, y asociada a la distinción que hoy recibo, que también le corresponde a ella. Y agrego, por extensión, el agradecimiento a nuestros hijos, Alejandra y su esposo Argimiro, y a nuestra nieta, Adriana, que son ellos mismos un premio que disfruto día a día.

Señor Rector, señor profesor a cargo de la fundamentación pública del otorgamiento del título. Queridos amigos Rodrigo y Ernesto:

Con elocuencia y generosidad, lo mismo que nuestro querido Chichi, han hecho que un puñado de antecedentes míos luzcan como justificativos de que la Universidad me haya otorgado esta distinción enorme.

Mi composición de lugar, ciertamente inmodesta, puede que sea más realista:

Desde que en el otoño de 1955 recorría los últimos metros para llegar a la Facultad de Ingeniería en aquél tranvía que hacía el puente entre la Facultad y el quiosco del Parque Rodó, he querido a nuestra Universidad en las buenas y en las malas, en la riqueza y en la pobreza, en el acuerdo y en el desacuerdo, y siempre le he sido fiel. Y, como *amor con amor se paga*, pienso que la Universidad también me quiere, y que esa es en definitiva la motivación última de este título que recibo con alegría y agradezco aún con incredulidad y asombro.

-●-